

PRESENCIA DE ALFONSO REYES

El surco que Alfonso Reyes lleva abierto, a puro filo de rejón, en la conciencia americana, es uno de los más hondos y feraces en toda la historia —patética historia que a las veces confúndese con el mero acaecer biológico de su suelo —de esta América Española— o de esta España Occidental, que lo mismo da —y aun de América a secas, sin distingo de hemisferios y sangres, la de Andrés Bello y Waldo Ralph Emerson, la de Rodó y Whitman, la de Darío y Santayana. Y la de Alfonso Reyes. En México, su mensaje encarna un vivo fasto nacional. Su obra —pese a su superior desinterés— posee una evidente calidad política —política es la organización de un destino— que se le dispara de todos los poros y que constituye, quizás, el sentimiento ineludible de su marca, de su matrícula, de su raíz mexicanas. Mexicanidad de Alfonso Reyes. ¿Quién como él ha enriquecido y engalanado el bárbaro campanario de la estéril querrela oportunista con un tal gajo resplandeciente y universal? Apenas hay minuto trascendental o esfera humana que no hayan merecido el fervoroso estudio y la devota atención de este artífice espagírico en cuyo numen depúranse oro y diamante —que no conoce el cansancio. Ya en las *Cuestiones estéticas*, —sabia y erudita hazaña del efebo de diecinueve años— sorprendería el noble interés de Francisco García Calderón con la celeridad de su iris, que en aquella sazón discernía el conocimiento del teatro ateniense en sus esencias— la naturaleza de Electra, la técnica de Góngora, la simetría arquitectónica del arte de Goethe, el procedimiento ideológico de Mallarmé, más una serie de atrevidas referencias sobre la noción de las cosas y los fenómenos subjetivos. Y luego, los griegos, ante todo y desde Homero y los trágicos hasta los bucólicos y Platón; Horacio, poeta crepuscular que tan a maravilla viene a cuento en la sensibilidad de esta hora del escepticismo; Omar Khayyam; Nietzsche, el más portentoso psicólogo del genio helénico; Montaigne; Shakespeare; Renan,

triste, seronda y mediterránea flor del Renacimiento; Mistral el fragante; Rodó, Ariel y el Arielismo en América; los clásicos castellanos, de la voz de gesta del Myo Cid y Gonzalo de Berceo y el de Hita a Baltasar Gracián y Quevedo y los dramáticos, Alarcón inclusive, atravesando, naturalmente y de parte a parte, los altos señoriales del *Quijote* y el laberinto barroco del culteranismo; Otfried Müller, el mitólogo, “caballero del honor de Safo, la virgen calumniada y desnuda . . .” El ensayo —género difuso, acomodaticio, transeunte, nervioso e impuro— acógrese a su numen como un engrane feliz, y emerge del trato de su vena límpida sacudido de novedad y de una pulcritud estatuaria.

A mitad del convivio del Ateneo, significó Alfonso Reyes la sensación más clara de lo apolíneo, frente al precoz delirio dionisiaco de Vasconcelos, la lección enciclopédica y elocuente de Caso y la paternal dirección socrática de Pedro Henríquez Ureña. Partiendo del amor a Grecia —simbólica data común a todos los del Ateneo— alcanza la expresión del equilibrio, y desde él, como en atalaya propicia, examina el universo y el fenómeno intelectual y obtiene ángulos y perspectivas cuya unidad consumaría a través de un diáfano cuerpo de doctrina. No un sistema formal y riguroso —como en el caso, único en México, del de *La raza cósmica* y la kantiana concepción tripartita de Metafísica, Ética y Estética, que todo lo debió subordinar a su plan —sino, más ampliamente, doctrina en el sentido de organización de las ideas y de vigilante inquisición del pensamiento en todas sus expresiones. Si algún canon ofrece Reyes, en efecto, es el que dimana de la pasión generosa por la cultura —cultura, vida y espíritu, y sangre y leche humanísimas— y el infatigable acarreo de todas las consignas civilizadoras a la realidad elemental de América. Una tal disposición por fuerza habría de culminar en ese “amor al momento presente, que es el secreto del espíritu clásico”, según él propio lo define en las noveles páginas de las *Cuestiones estéticas*. Clasicismo que no es fórmula yerta ni empecinada experiencia arqueológica, sino, en prin-

cipio, calor por las esencias de la vida, fecunda percusión de las disciplinas eternas y gozosa certidumbre de que sólo se cumple un destino en la medida que se alcanzan profundidad, armonía y estable colocación estética y ética. Ética, sí, desde luego, porque a su manera —como todos los auténticos clásicos de ayer y de hoy— también es un moralista que se tiene prohibida la transgresión de las normas del equilibrio. Lo que disuena tiene alcances en el hondo plano de la conducta. “Iguala con la vida el pensamiento”, que reza con razón la vieja consigna castellana, la que Reyes profesa con una íntima convicción de su imperio. En el aquelarre del desmelenado romanticismo de nuestra selva, su voz vibra con un ritmo exacto y severo en cuyo decurso se van definiendo, luminosamente, los temas trascendentales de la cultura. Mucho se ha parlotado, entre nuestras laocracias literarias, sobre esta noción de lo clásico y lo romántico en América. ¡Lo clásico y lo romántico! Y ¿qué es eso, a fin de cuentas, sino nada más humo y desvarío, cuando no entrañan erectas actitudes ante la vida? ¡Como si existiesen, como si fuese dable confeccionar *maneras estéticas* y no actitudes, sentimientos, gestos —y gestas—, voces de hombres, espíritu y sangre de hombres! El clasicismo de Alfonso Reyes, por ejemplo: una actitud ante la existencia, ante su tiempo y ante su terrón de origen. De la misma manera que es un romántico Vasconcelos.

Si en éste el conflicto dramático es aire particular, en Reyes aparece resuelto, invariablemente —e inevitablemente— y como prolongándose en una pura aptitud emotiva. A su modo, participa de la catarsis —mexicano, al fin y al cabo, e hijo de la tragedia de su raza y de la desgarradora crisis de su tiempo— y no la rehuye; no es un evadista, como califica ahora el oportunista a quien no acasilla su alma en los cuadros de la mera sociología —¿y qué es evasión sino precisamente lo contrario de la obra generosa y feraz? ¡Rehuir la catarsis, rehuir el sentimiento trágico del tiempo! No, no la rehuye: la acepta; pero a condición de ser superada en el cli-

ma inefable de lo sereno —es decir, otra vez y siempre: transustanciación de la violencia y la anarquía en equilibrio. Tenía apenas veinte años cuando, en ocasión a las Conferencias del Centenario, dictó ese prodigio de maestría que es la de Othón, el magno poeta al que también reputan clásico y a través del cual identifica y organiza la noción del clasicismo en América: fecunda vitalidad creadora y no calca del inane modelo greco-romano. Parece, en ocasiones, que la música de las ideas que ha bebido en la prédica de Diótima de Mantinea prolonga, en inflexión nuestra, americana y contemporánea, el genio del *Banquete* platónico. Por el camino del amor a Sócrates desemboca, calculada y congruentemente, en el amor a Goethe, al espíritu del Renacimiento y —muy sobresalientemente— a los clásicos castellanos, raíz múltipara e inusitada. Nadie como él ha obtenido una más exacta aprehensión del alcance del clásico castellano. Se le filtra por los tejidos el recio aliento de su contacto. En su hondón renuévase como en lustrales aguas sulfurosas. Su prosa misma —soberano instrumento de su estro claro— desde el instante de su aparición trasciende a inspirado hábito de el viejo odre castizo —musculosa, grave, reflexiva, sanguínea, ora donosamente irónica y aguda como en el dicho del Arcipreste, ora sensual, cuadrada y alta como en Santa Teresa, ora docente, opípara y excitante de especiería como en Quevedo. Estro, verso y prosa de Alfonso Reyes, flor del castellano, sentimiento clásico. Sentimiento, sí, sentimiento clásico: hay clásicos y los habrá siempre, y este príncipe del espíritu americano es uno de ellos; lo que no existe sino en los cardex es el clasicismo ese de marras que inventaron los definidores, los horros, los Valbuenas. Pues el sentimiento —que no el sentido— de lo clásico es orgánico en Alfonso Reyes, y ahí está para comprobarlo la ejemplaridad con que resuelve y desenvuelve en sí y elabora en giro propio dos de los minutos más disímiles del genio de la cultura; el griego y el castellano. Y a través del sentimiento de lo clásico, emocionado, ritual, gozoso y a la vez doloroso, el sentimiento mexicano. Su vida viajera, nómada, fugitiva, apenas si ha entregado a su suelo su presencia en

breves y contadas ocasiones. Parece que buscarse su nivel, como la marina en el remanso de un estero, muy tierra adentro y sin embargo fiel a sus puntuales reglas siderales. Parece que se evadiese de una realidad menesterosa, prefiriendo un México como el de su promonición: apolíneo, justo, esbelto, armonioso de equidad de vida y pensamiento. Lo cierto es que en exóticos climas lleva rendido lo más grueso de su ínclita jornada. Este modo de evadirse de lo transitorio y deleznable de la patria ¿qué es sino el apremio superior de alquitararla y redondearla en la perspectiva, es decir, en la unidad? Quizás no sea ni evadismo, para no confundirlo con el otro, el de las mostrencas almas de la fútil sonata surrealista, o ultraísta, residentes de un suelo y no obstante sin contacto con su honda voz... Evación para no evadirse: presencia. Íntima, ubérrima, fiel presencia de Alfonso Reyes en el sentimiento de México.

Nadie como él, en América, sin embargo, ha sido más frecuentemente zaherido con el dicterio de descastado. Descastado, es decir, el que se ha arrancado de su casta, de su linaje, y reniega de ellas. Más prolijamente: el que no siente lo suyo y por este feo no sentirlo se acoge a otros calores y en ellos pretende florar. Descastarse es morir para la casta, desasirse de la raíz y volotear: evadirse, otra vez. Al buen árbol, ciertamente, bástanos con mirarle el opulento follaje y la succulenta sombra que tiende a su pie, y no hay para qué pedirle que nos muestre sus raíces porque ya sabemos que son hondas y poderosas: en ocasiones beben los jugos de los difuntos y los devuelven convertidos en gloriosos frutos. Tal el caso de Alfonso Reyes, el descastado de una ignara conseja que aún deambula por ahí, ululante y plebeya. ¿Será porque aquél nunca supo coincidir con la nota baja —baja y no honda— de la expresión mexicana, sino todo lo contrario, con la alta —y honda— y peligrosamente universal que de modo egregio encarna? ¿De dónde, de cuál obra del resentimiento surgiría esta monserga del descastado Reyes? Del resentimiento, sí, que no del sentimiento; no, no del sentimiento. ¡Pero si su voz es la de la casta misma, la de la san-

gre que llamó Cervantes! La patria se hace con carne del universo; otra cosa es campanario, mancebía y adocenamiento. Y la que Reyes lleva soñada y padecida y gozada es hoy un puro México ecuménico de sacro raigón hispánico y enfibrado de todos los caudales del espíritu de la tierra... Cosmopolita, sí, y hombre de todas partes; pero a condición de no soltar su raíz, sino antes bien hundirla más y más conforme la fronda gana la libre variedad de los vientos del cielo. El cosmopolita, el hombre del ávida alma de todas partes; el nauta de todos los paralelos y todas las latitudes, el Musageta, no recuerda a México —y a Monterrey, su Monterrey que es su impronta entrañable sino con lágrimas en los ojos, como que él mismo es otro hijo del terror que lleva en sí seña de la catástrofe de su patria. Pero ¡qué saben de esto los que “no saben de donde nacen los poemas”. “Hereditaria de todos, alma mía, mestiza irredenta, no tuviste a quien heredar...”

En uno de los retornos a la patria, da el mensaje de su tierra de origen, el mensaje de su casta, la dulce, la clásica, la soberbia *Visión de Anáhuac*, pletórica de consignas, de encarnizado ambiente heróico y de trascendental contenido político. Esta región, “la más transparente del aire” —como saluda Reyes al que llega a su estada, en melódica reminiscencia de Sófocles— “sugiere pensamientos fáciles y sobrios”. La clave es ésta: “Alerta la voluntad y el pensamiento claro”. ¡Alerta, muy alerta, y claro, muy claro, para merecer destino verdadero! Las almas están oscuras y requieren luz. Y la voluntad, frustrada, recae en el espeso revolverse elemental. A través del finísimo timbre de esta honda voz, la patria cobra una conciencia superior en el incidente de su historia. Los yugos que tiranizan su suerte y la aferran al puro suelo, reblandécense y ceden, al cabo, y en el calor de esta epifanía de Anáhuac colúmbrase, neto, su sino auténtico: el secreto luminoso de su vida. En el misterio de la tierra las almas y los propósitos son: primero, larvas: ya vendrán, luego, el vuelo y la mirífica eclosión del canto. Quienes estamos adentro y de un modo u otro somos

actores de este drama de la tierra irredenta, nos olvidamos muy frecuentemente de la fatalidad de su condición larval y, jadeantes, alzamos nuestro pequeño rumor de rebeldía e inconformidad. Sólo el que viene de lejos, y en la distancia acendró la percepción de lo suyo, sabe del gozo que se fragua en el aluvión de sangre. Éste es el canto de la *Visión de Anáhuac* en el que Alfonso Reyes anuncia a los suyos liberación, esplendor y universalidad. ¡Los más infables paisajes de la Creación surgen tras la noche del sismo, y el mismo aire se impregna de fragancias y se siente latir un nuevo júbilo y las almas emergen de la catástrofe traspasadas aún del efluvio de lo alto! Sólo las tierras sufridoras apuran su destino hasta las heces.

Por su elocuencia, por su dinamismo y su aliento, es esta la pieza más lúcida que queda vibrando para la hora de trasponer las fronteras de la noche y encender la claridad patria, el alba mexicana. Apolo surge del épodo como un invicto mito de unas aguas genesíacas, y gana, en triunfo, la sazón del héroe de la fábrica de México. Los grandes amores han de impregnarse del hálito de la eternidad, y eso sólo lo da la distancia. ¡Así truene el menguado y hable de descastamiento! La patria se construye con jirones del mundo y la más grande es la que más eficazmente captó el sentimiento universal de su hora.

Pero no es solamente la referencia concreta, directa e inmediata al predio nacional, a su casta, lo que obliga a exaltar la mexicanidad —y la americanidad: ¿por qué nó? ¡verdad por verdad! —de Alfonso Reyes, sino la interminable, cuantiosa, cotidiana y fúlgida alusión a la conciencia mexicana, a través de su obra entera, de cabo a rabo y aún en las expresiones que en apariencia menos contacto con lo vernáculo ofrecen. Si en el sagaz ensayo sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo diecinueve* entabla inquisición acerca de las más vivas esencias del arte en el país y por manera íntima aprehende el origen y la índole del fenómeno estético, en los bocetos de *El suicida*, *El cazador*, *Los dos caminos* y *El plano*

oblicuo entrecrúzanse y multiplícanse los más decisivos movimientos del mundo americano, ocultos a veces y otras al descubierto en todas las inflexiones de su caudalosa meditación universal. Dialoga, en un constante y diáfano estado de vigilia, con la flor de pensamiento occidental, y así redondea su noción arquitectónica de una América bien aireada, libre de su ahogo primordial merced al pujo de las ideas, y robustecida y hermoçada por el hálito de la gnosis, la totalidad creadora. Tal un demiurgo que apilase y luego alquitarase material propicio de fabulosa arte de calipedia. *Simpatías y diferencias* —¿no reza el puro rubro una actitud y una intención?—, *Cartones de Madrid*, *Pausa*, *Versos sociales*, *Reloj de sol*, *Cuestiones gongorinas*, *Fuga de Navidad* y *Huellas* son hitos de una ardua perspectiva de real perspectiva de real emancipación espiritual de México. En esas *Huellas* viajeras —viajeras del mundo de afuera y del mundo de adentro—, cicatrices y estigmas de un alma, almacena lo fundamental de su lírica. Yo sé decir, por mí, que amo ese libro de Alfonso Reyes por sobre todos los otros del poeta, porque en esas páginas derramó su más verdadera, su más grave actitud ante la vida. *Huellas*, en efecto, del paso y de los días— “¡Oh mar del tiempo! ¡Mar del recuerdo!”.

Como en otra hora dijo el mensaje de la *Visión de Anáhuac* —1917— a filo sobre la conciencia de su patria en un gozoso epinicio anunciador, trae en 1924, una vez sereno el aire en el cual resonó el fragor de la catástrofe, poniendo fe y certeza en el destino final de México, la sinfonía de la propia tragedia mexicana. Se llama *Ifigenia cruel* este canto de la redención y la resurrección de México. Lo de menos es el arcaico pretexto ateniense de la hija del Rey de Reyes, la Hija del Terror, cuya aciaga y premeditada suerte identifica simbólicamente el poeta con la de su patria. Lo de más, el mensaje mismo de la tragedia, en el cual confluyen referencias y alientos de una estricta índole nacional. De Grecia no hay, allí, más que el clásico *dramatis personae*: se trata, desde luego y a plena evidencia, de México, el de estos días, el del trepidante te-